

Domingo 7º del Tiempo Ordinario - Ciclo A
pedrojosé ynaraja díaz

TEXTOS

libro del Levítico (19,1-2.17-18):

EL Señor habló así a Moisés:

«Di a la comunidad de los hijos de Israel:

"Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo. No odiarás de corazón a tu hermano, pero reprenderás a tu prójimo, para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor"».

primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (3,16-23):

HERMANOS:

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros.

Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio.

Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, como está escrito: «Él caza a los sabios en su astucia». Y también:

«El Señor penetra los pensamientos de los sabios y conoce que son vanos».

Así, pues, que nadie se gloríe en los hombres, pues todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo Y Cristo de Dios.

del evangelio según san Mateo (5,38-48):

EN aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente". Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale

*dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.
Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo".
Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para
que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y
buenos, y manda la lluvia a justos e injustos.
Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo
también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de
extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos,
como vuestro Padre celestial es perfecto».*

COMENTARIO

Es lógico que nos preguntemos qué es eso de ser santos. Pues, por extraño que os parezca, nadie lo sabe. Y es muy lógico. Dios es único, incomparable con cualquier otro. Siendo así ¿vamos perdidos?.

La santidad de Dios es semejante a la atracción de un imán respecto a ciertos metales. La santidad de Dios es sublime misterio.

El progreso espiritual es ascendente. La actitud del que quiere ser santo se parece, de algún modo, a la postura espiritual de un budista. En esta situación está un posible encuentro, sin que por ello la senda del progreso sea la misma. Si os lo señalo, queridos lectores, es para que cuando os podáis encontrar con un budista, podáis mirarlo a los ojos con simpatía.

Ser santo como Dios es santo, aunque no sepamos su significado, tampoco lo ignoramos. No vamos perdidos. Todo lo que signifique superación es acercarse a esa cualidad única divina. Es como sentirse revestidos de un perfume espiritual superior.

Sin saberlo con exactitud, pero de alguna manera intuirlo, va San Pablo y les dice, y nos dice, ***¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros.***

Os lo decía hace tiempo y ahora os repito: si no ignoramos que Dios es Espíritu incomprensible, tampoco debemos ignorar que nosotros, nuestra realidad personal, también lo es. No somos capaces de entendernos del todo. Acordaos de nuestra compleja personalidad, que pese a ser humana la de cada uno, la de cada uno es diferente. No somos producto de una fotocopiadora divina. Ahora bien en esta propia y genuina unidad, distinguimos la corporeidad (aquello que a veces sometemos al juicio y ayuda de un médico), la mente (aquello que analiza, si es

necesario, desde un sicólogo clínico, hasta quien entrevista a quien aspira a ocupar una plaza en una empresa o un lugar de investigación para un laboratorio) (espero que aceptéis una tan elemental descripción sin enfadaros conmigo).

En la cúspide, libre de límites, abierto a horizontes superiores, trascendentes, sublime, etéreo, pero real, aunque desconocido de muchos o ignorado voluntariamente de otros, está el espíritu.

(recordareis que lo comparaba a un recipiente en el que su nivel inferior lo ocupaba mercurio. Encima agua y en el plano superior, abierto al exterior y perfumado, se situaba aceite)

El espíritu es uno de los integrantes de nuestra personalidad que nos distingue de los animales. No es hora, creo yo, de ofrecer un elemental estudio antropológico. Que cada uno entienda o imagine lo que pueda y quiera).

Vuelvo a repetir: ***¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?***

Más de una vez os he dicho, queridos lectores, que cuando tengo ocasión de ver ballet clásico por TV, lloro de felicidad y emoción.

No ignoro que en los cuerpos de baile, como en cualquier otro ambiente, puede existir la corrupción, pero observado como espectáculo, sea en directo como por televisión, es una extraordinaria muestra de belleza humana.

Ya sabéis que la belleza nos conduce a Dios y que la satisfacción estética es lo más próximo y semejante al éxtasis místico.

Cuando uno contempla ballet de calidad, tiene la impresión de que desconoce si la música acompaña a la danza, o la danza estimula y consigue la belleza musical. En tales momentos le es posible imaginarse a los seres queridos, familiares o amigos, que uno sabe que en su historia se esforzaron en ser santos, y ahora empapados de la santidad de Dios que les acompaña, son ágiles, bellos, sabios, simpáticos, generosos.

Repito: lloro de emoción feliz.

Me cuesta muy poco a mí imaginar que la bailarina que contemplo danzando en el escenario, está simbólicamente revestida e impulsada por el Espíritu y de ninguna manera me atrevería a profanarla.

(cada uno es cada uno y tiene sus cadaunadas, que decía aquel)

El discurso del Señor se sitúa inicialmente en el terreno en que viven hoy tantas personas que se dejan arrastrar por el egoísmo o la envidia. De ambos vicios todos tenemos algo, no nos escabullamos. Tampoco es bueno detenerse demasiado y

dejarse conducir situaciones depresivas. Dios no quiere que nos revolquemos recordando neuróticamente pecados propios muy pasados. Pretende, eso sí, que cambiemos, que nos convirtamos.

Los autores espirituales recomiendan que con frecuencia hagamos examen de conciencia. No seré yo quien les contradiga. Mi consejo es que en silencio y soledad nos preguntemos ¿Qué me ha ofrecido hoy Dios? ¿Qué le debo yo hoy agradecer? ¿He regalado algo a alguien? ¿A quien he ayudado yo hoy?.

Continuaría, no lo dudéis, pero si yo empiezo a sentir fatiga por la labor que os envío, imagino que la vuestra es mucho mayor.